



Teatro

Premio, Concurso XXV

EL EDIPO IMAGINARIO

O

CÓMO COMETER INCESTO SIN SACARSE LOS OJOS

Alberto Castillo Pérez

PERSONAJES

GRACIELA, 40 años.

ELOÍSO, 40 años.

JOSEFITA, 60 años.

La acción se desarrolla en la ciudad de México.

La sala de un departamento en una colonia clasemediera. Es de noche y está a oscuras, solamente la luz de la calle deja ver el sitio. A la derecha se ve la puerta de la cocina, con la clásica ventana circular y a la izquierda se encuentra el pasillo que conduce a las recámaras. En la sala, entre los sillones y la mesita de centro, se ven: una cuna, un payaso gigantesco, y una gran variedad de juguetes, biberones y pañales.

Se abre la puerta, entra Graciela y enciende la luz. Detrás de Graciela entra Eloíso. Vienen riendo.

GRACIELA: Pero quédate un rato. Pásale, te invito la última.

ELOÍSO: No, ya no. No me tientes, que si me echo otra me quedo a dormir aquí.

GRACIELA: Por eso no hay problema, pásale.

ELOÍSO: Bueno, pero nada más una. No quiero que faltes mañana a la oficina por mi culpa.

GRACIELA: Ya te dije dos veces que pedí licencia y no estoy trabajando.

ELOÍSO: Sí, ¿verdad? . . . Oye, ¿cómo es que nunca te vi en la oficina?

GRACIELA: Porque trabajaba en el archivo. Yo te vi varias veces en los pasillos. Siempre muy serio y con tu eterno traje gris.

ELOÍSO: ¿No te gusta el color?

GRACIELA: Como que no va contigo. Tienes cara de ser un hombre interesante.

ELOÍSO: Si tú lo dices así ha de ser.

Graciela va a una pequeña cantina y sirve licor en un vaso.

GRACIELA: Voy a sacar unos hielos.

Ella va a la cocina, se escucha el ruido que hace al sacar los hielos. Eloíso observa la sala del departamento y se muestra extrañado por los objetos que encuentra, Graciela sale y le da la bebida.

ELOÍSO: Ya sé, te saliste de trabajar para poner tu negocio propio: ¡Un jardín de niños!

GRACIELA: No. Pero algo tiene que ver con lo que dijiste. A propósito, ¿tienes hijos?

ELOÍSO: No. Primero era mi mujer la que se negaba. Y ahora soy yo el que no quiere.

GRACIELA: ¿Por qué?

ELOÍSO: No lo sé exactamente. Pero vivo muy tranquilo así. A veces me pongo a pensar en cómo sería mi vida con hijos y me aterro. Tú tienes hijos, ¿verdad?

GRACIELA: No, y cuando tenga va a ser sólo uno, y varón.

ELOÍSO: (*Señalando a su alrededor.*) Y todo esto, qué.

GRACIELA: Me estoy preparando para cuando me toque. Más bien me he estado preparando durante varios años.

ELOÍSO: ¡Qué precavida! (*Insinuándose.*) ¿Y ya tienes candidato para padre?

GRACIELA: Sí.

ELOÍSO: ¿Y quién es el afortunado?

GRACIELA: Tú.

ELOÍSO: (*Abrazándola.*) Pues ya sabes, yo estoy puestísimo.

GRACIELA: Pues ya.

ELOÍSO: Pues ya.

GRACIELA: ¿Qué esperas?

ELOÍSO: ¿Qué esperas tú?

GRACIELA: ¡Ya! Ahorita. Aquí. Dándole. Desvístete. ¿O qué? ¿No sabes cómo se hacen los niños?

Eloíso la mira incrédulo

ELOÍSO: ¿Qué te traes, qué quieres?

GRACIELA: Un hijo. (*Eloíso la mira fijamente.*) Un chilpayate. Un chamaco. Un escuintle.

ELOÍSO: ¿En serio?

Graciela asiente con la cabeza.

ELOÍSO: Es que, mira, yo no quiero compromisos. Por eso no he tenido hijos. Y bueno, yo no puedo responder si de verdad tienes un hijo mío. Pero si lo que quieres es pasar un rato, pues bien. Pero hasta aquí. Yo no me comprometo a hacer nada más.

GRACIELA: Parece que el que se va a embarazar eres tú. Si pasa algo es mi problema. Yo me voy a hacer cargo de él. No te preocupes.

ELOÍSO: (*Se comienza a desabrochar la camisa, de pronto se arrepiente.*) No, mejor no. Ahorita dices que no importa que no me vas a pedir nada. Pero después quién sabe.

GRACIELA: Bueno, tú te lo pierdes.

Eloíso lo piensa un momento y continúa desabrochándose la camisa.

ELOÍSO: ¿Aquí en la sala?

GRACIELA: Sí, es que mi cuarto lo tengo lleno de triques.

ELOÍSO: ¿En un sillón?

GRACIELA: Sí, me parece muy interesante. Piensa en todo lo que puede simbolizar un sillón. Es una especie de trono, centro del hogar, sitio de reunión de amantes. Además mi hijo no va a ser concebido como todos en una simple cama, quiero que sea diferente hasta en eso.

ELOÍSO: Bueno pero, ¿no hay nadie que despierte? Porque yo no soy silencioso. Ya que me emociono grito y salto. (*Golpea sobre el sillón con el puño.*) Este sillón no va a aguantar.

GRACIELA: La única que podría despertar es mi tía, pero de que se mete a su cuarto a dormir, no hay poder humano que la despierte. Y si sale no importa, no se asusta de nada.

ELOÍSO: Pero te cuidas, ¿no? No quiero que vayas a buscarme y me exijas.

GRACIELA: No te voy a exigir nada.

Ella comienza a quitarse la ropa, él también.

ELOÍSO: Me siento un poco raro, mal no ¿eh? Pero un poquito incómodo. No estoy acostumbrado a hacer esto. Me casé de blanco y toda la cosa, y no

le he sido infiel a mi mujer en los dos años que llevamos de casados, bueno, hasta ahora. Pero tú me atraes, no sé por qué.

GRACIELA: Te gusto, ¿no?

ELOÍSO: Sí, eso es. Pero además . . .

GRACIELA: Además ¿qué? . . .

ELOÍSO: Nada, no me hagas caso, es que . . . siento algo distinto contigo.

Los dos quedan en ropa interior.

GRACIELA: Voy a traerte una bata.

Él se quita la camiseta, queda en calzoncillos. Se sienta en el sillón más grande y se cubre con un cojín. Ella regresa.

GRACIELA: *(Le entrega la bata.)* Toma.

Ambos se ponen las batas. Ella se sienta a su lado y lo acaricia. Él se deja con gusto.

GRACIELA: ¿Cómo te llevas con tu mujer?

ELOÍSO: Bien.

GRACIELA: ¿Entonces qué haces aquí?

ELOÍSO: A veces tengo deseos de variar, de hacer cosas distintas. Pero ella no acepta, se siente ofendida, avergonzada, o qué sé yo. El caso es que de pronto veo el amor más como una obligación que como un gusto.

Él se coloca en los brazos de ella en posición fetal.

GRACIELA: Oye, ¡Te pones como un bebé!

ELOÍSO: Quiero hacer algo diferente, quiero ser tu bebé. *(Le besa los pechos.)*

GRACIELA: ¿Ah, sí? Pues entonces toma.

Toma un biberón que tiene cerca y se lo mete en la boca con fuerza, él lo chupa unos segundos, después ríe.

ELOÍSO: Ya mero me lo dejas en la garganta. ¡Qué poca madre!

GRACIELA: Al contrario, soy una madre en toda la extensión de la palabra.

ELOÍSO: A ver.

GRACIELA: *(Poniéndose de pie.)* Primero te voy a crear dentro de mí. *(Se mete un cojín en la bata para simular embarazo. Camina acariciándose el vientre.)* *(A él.)* Tú ponte hecho bolita.

ELOÍSO: ¿Qué haces?

GRACIELA: Soy tu madre, ¡obedéceme! *(Él se coloca en el sillón en posición fetal.)* Después, cuando llegue el momento, vas a nacer, y yo voy a sentir

un dolor terrible, y nada más por ese dolor, te voy a querer más que a nadie.

ELOÍSO: ¿Y ahora qué hago?

GRACIELA: Pues nace. Sal de ahí.

ELOÍSO: Pues puja porque me cuesta mucho trabajo.

Ella se coloca de pie, con las piernas abiertas frente al sillón, él se desliza por entre sus piernas. Al pasar, toma una punta del cordón de la bata de ella. Sale por completo y queda en el suelo con el cordón entre sus manos.

ELOÍSO: Ya salí, ahora córtame el cordón.

GRACIELA: No, porque te vas a ir. Y yo quiero que estés siempre junto a mí. Ven, párate y acércate a tu madre.

ELOÍSO: ¿Qué es una madre?

GRACIELA: Todo, absolutamente todo: mujer, hembra, fiera, amor, carnalidad, lujuria y devoción.

ELOÍSO: Mamá, ¿qué voy a ser de grande?

GRACIELA: Nada, tú no vas a crecer.

ELOÍSO: ¿Por qué?

GRACIELA: Vas a ser mi hijito de siempre. Mi querubín, mi enanito de circo. Mi hombrecito.

ELOÍSO: ¿No voy a ser arquitecto o licenciado?

GRACIELA: No, eso es cursi y ya pasó de moda. Te voy a dar el título de mi hijo. Claro, solamente si pasas las materias de obediencia, sacrificio y respeto.

ELOÍSO: No quiero ser obediente. Quiero salir a la calle y ver mujeres.

GRACIELA: Te saco los ojos.

ELOÍSO: No quiero sacrificarme. Es muy aburrido.

GRACIELA: Pues te regreso por donde veniste, te hago pedacitos y te como, aunque me dé indigestión por el coraje de saber que no te quisiste sacrificar.

ELOÍSO: No quiero respetarte.

GRACIELA: ¿Por qué no?

ELOÍSO: Porque quiero... Te quiero a ti, mamá.

GRACIELA: (*Alarmada.*) ¡Eso es incesto!

ELOÍSO: (*Ingenuo.*) ¿Y es feo?

GRACIELA: No sé, eres el primer hijo que tengo y no tengo experiencia en esos casos. Pero podemos probar.

Ella se va sobre él y lo besa apasionadamente. Caen en el sillón abrazados.

OSCURO LENTO

La misma sala, Josefita tiene un espejito en una mano y en la otra unas pinzas de depilar. Se arranca pelos de la barba. Graciela camina inquieta por la habitación.

GRACIELA: Ya se tardó.

JOSEFITA: ¿Y por qué tanta preocupación? ¿No te estarás enamorando?

GRACIELA: No tía, ¿cómo cree? Ya estoy vacunada contra el amor.

JOSEFITA: ¡Mmmm! Así decía yo una y otra vez. Pero siempre acababa encontrándome otro marido. Una no aprende. Hubo uno que me decía: "Josefita, déjate esas barbitas, las adoro, me gustan". Y luego me enteré de que andaba tratando de venderme en un circo como la mujer barbuda. Y una vuelve a caer. El que no me pegaba, me padroteaba y el que no, mínimo aprovechaba que yo leía la baraja y hacía trabajitos, para hacer su agosto. Pero una no aprende.

GRACIELA: En cuanto tenga lo que quiero, lo mando de regreso a la panza de su madre.

JOSEFITA: Yo creo que ya le estás agarrando el gusto a los intentos de hacerte tu chamaco. No es de extrañarse, una es mujer y siente. Ya van tres veces que lo traes.

GRACIELA: Cinco.

JOSEFITA: Este lugar ya huele a casa chica. Cuando menos que te pague ¿no?

GRACIELA: Le repito que nada más lo agarré de semental.

JOSEFITA: Pero no ha pegado y tú terca. ¿No será que no sirve? Te hubieras buscado uno que tenga hijos, así ya va una a lo seguro.

GRACIELA: No me meta esas ideas tía. De por sí ya estoy preocupada. Mejor me debería hacer un trabajito para que pegue el intento.

JOSEFITA: No, eso no. Ya no tengo fuerzas. Ya me cansé de tanta echadera de la suerte y yerbas.

GRACIELA: Tía por favor, esta vez es especial. Es para su sobrina consentida. Algo sencillito, lo del jarrito o lo del colibrí. O esas sales que echa uno en las sábanas.

JOSEFITA: Ya te dije que no Graciela, no insistas. Además tú no tienes fe y sin fe no funciona.

GRACIELA: Por favor, tía.

JOSEFITA: Ya hasta se me olvidó cómo se hacen los trabajitos.

GRACIELA: Tía, haga algo, me siento desesperada, vea qué edad tengo, si no me apuro se me va el avión. (*Chantajeándola.*) No querrá verme vieja, sola, frustrada, llorando eternamente por no haberme animado a ser madre.

JOSEFITA: No me vas a convencer.

GRACIELA: Entonces véalo por el punto de vista de la salud. El ginecólogo dijo que si no engendro, me van a salir tumores. O que me puedo quedar loca.

JOSEFITA: ¿Más? . . . Está bien, ya deja de estar de rogoná. ¡Cómo te pareces a mí! Yo a tu edad, de que quería algo, me entercaba y no había poder humano ni divino que me sacara de mi idea.

Josefita se pone de pie y de un mueble saca un bracero, un montón de yerbas para una "limpia", un frasco con agua, abre una especie de altar y aparece una diosa prehispánica rodeada de veladoras. Reza unos momentos, abumma la habitación y limpia a Graciela.

Tocan la campana de entrada. Josefita guarda todo rápidamente.

GRACIELA: Ya llegó. Ábrale, yo voy a darme una manita de gato.

JOSEFITA: No te digo.

Ella va al cuarto. La Tía va y abre la puerta. Entra Eloíso.

JOSEFITA: Buenas licenciado, pásele está usted en su casa, y no es un decir, ésta ya parece de verdad su casa.

ELOÍSO: Qué amable Josefita. ¿Y Graciela?

JOSEFITA: Ahorita sale. Siéntese, ¿le sirvo una copita?

ELOÍSO: No, tan temprano, no. (*Inquieto.*) Oiga, ¿qué está haciendo Graciela?

JOSEFITA: Ya viene, no sea desesperado. Mejor vamos a platicar para que el tiempo se le haga más corto. Cuénteme, de sus jueguitos ésos tan chistosos, viera usted que me platica Graciela y no lo puedo creer. Qué hubiera dado yo por tener un marido así, pero nada, puro viejo simple de ésos que nomás se le suben a una y pum pum pum y ya. Se acabó. Luego por eso las mujeres agarramos mañas.

ELOÍSO: ¡Ay Josefita! No me haga avergonzarme. Esas cosas no se andan contando por ahí.

JOSEFITA: Pero vergüenza por qué. Si es cosa de sentirse orgulloso. Mire, yo le voy a contar que tuve un marido al que le gustaba echarme engrudo y diamantina, yo quedaba toda brillante y me sentía como un ángel, divina, pero luego lo feo era que quedaba pegosteadada y tardaba horas para quitarme el maldito engrudo y los brillitos esos. (*Triste.*) Es el único que me dolió que se me fuera.

ELOÍSO: ¿Por qué se fue? ¿No la quería?

JOSEFITA: Le gustaban los colores brillantes, se volvía loco cuando veía luces y telas satinadas. Un día fue a una feria al pueblo y se largó con uno de los voladores de Papantla.

GRACIELA: (*Saliendo del cuarto.*) Hola, Ya estoy aquí.

Él se pone de pie y va a abrazarla.

JOSEFITA: Bueno, yo lo dejo en buenas manos licenciado, a ver qué se le ocurre ahora. Voy a un mandadito. (*Saliendo.*) A ver si ahora sí, ¿eh?

Sale Josefita.

ELOÍSO: Me encanta que me hayas llamado. Te adoro.

GRACIELA: (*Rechazándolo.*) Ni creas que estoy tan contenta. Mira, con ésta

son tres pruebas de embarazo que me hago y nada. Se me hace que no funcionan.

ELOÍSO: ¿Por qué insistes con lo del embarazo? Disfruta de lo nuestro y ya. Si te embarazas no vamos a poder jugar igual.

GRACIELA: Dime la verdad, ¿te dieron una patada de chiquito?

ELOÍSO: No.

GRACIELA: Entonces sufriste radiaciones.

ELOÍSO: No.

GRACIELA: Te enfermaste de paperas.

ELOÍSO: No, te digo que no, estoy bien, antes de casarme me hice estudios de todo. *(Él saca una venda, le quita la envoltura, se amarra un extremo a la cintura y da vueltas alrededor de Ella para enredarle la venda.)* No necesitas un hijo, me tienes a mí.

Ella jala la venda para verlo de frente.

GRACIELA: Óyeme bien Eloíso, ésta va a ser la última oportunidad que te doy. Si no hay bebé, me busco otro que me lo haga. ¿Oíste?

ELOÍSO: No quiero un hijo. Cuando engordes nos va a estorbar y cuando nazca te va a quitar mi tiempo.

GRACIELA: Pues entonces vete. ¡Tanto trabajo que me costó encontrarte para que salgas con... con nada!

ELOÍSO: ¿Cuál trabajo? En una fiesta te ligas a otro.

GRACIELA: ¿Otro para que me haga un hijo? Nombre. Me tardé mucho en elegirte, revisar tus expedientes, tu salud, tus costumbres. ¡Pero qué coraje! ¡Hay tantas que se embarazan y ni siquiera quieren hacerlo!

ELOÍSO: *(Para sí mismo.)* ¿Hiciste todo eso?

Graciela asiente.

ELOÍSO: *(a Graciela.)* ¡Hiciste todo eso!

GRACIELA: Sí. De algo me sirvió trabajar en el archivo.

ELOÍSO: ¡Qué poca madre!

GRACIELA: Más bien. ¡Qué poco padre!

ELOÍSO: ¡No es posible! Cómo se te ocurre utilizarme, elegirme como... y no sólo fui yo *(ofendido)* quién sabe a cuántos más metiste en tu juego.

GRACIELA: Nada más fueron dos. Y tú resultaste ganador porque el otro estaba muy chaparro.

ELOÍSO: Eso no se hace Graciela.

GRACIELA: ¿Por qué no? Todos los hombres hacen lo mismo con las mujeres. Escogen a una que les sirva de amante, otra para madre de sus hijos y otros como tú, buscan mamá. Tengo una amiga que se alquila de nodriza. Si quieres te la presento.

ELOÍSO: No me importa lo que pienses, acepto todo con tal de seguir jugando. ¡Y vamos a jugar todas las veces que yo quiera! *(Tira de la venda.)*

GRACIELA: Pues fíjate que no, ya me cansé de hacer el papelito de tu madre. Es más, toma tus pañales y tu mamila y llévatelos, porque no pienso seguir alimentando tu complejo de Edipo. *(Toma unas tijeras que hay sobre la maquina de coser y corta la venda. Él se horroriza.)*

ELOÍSO: No, no y no. No me hagas esto. Con mi mujer no puedo jugar a nada. Sólo tú me has entendido.

GRACIELA: Vete de aquí, eres un horror. Y no quiero fantasías. Quiero un hijo de verdad.

ELOÍSO: Todo es cosa de que le des vuelo a la imaginación. Nos hemos divertido mucho, no me digas que no. El juego del cordón umbilical es maravilloso y tus castigos también.

GRACIELA: Yo no estoy satisfecha. Quiero un ser que salga de mi cuerpo. Y no un adulto que se hace pasar por niño. Mejor aquí se acaba todo.

ELOÍSO: Yo no tengo la culpa de que no te hayas embarazado. He puesto todo de mi parte.

GRACIELA: ¿Y entonces?

ELOÍSO: No sé. Es posible que por ser tan obsesiva bloques a tu cuerpo.

GRACIELA: *(Preocupada.)* ¿Eso crees?

ELOÍSO: A veces pasa, lo que tienes que hacer es olvidarte por un tiempo de todo y cuando menos te lo esperes ya habrá sucedido. Y mientras, podemos seguir jugando.

GRACIELA: No quiero jugar, ya estoy harta.

ELOÍSO: No estás harta, te gusta.

GRACIELA: Puedo hacerlo y ya, pero de eso a que me guste hay mucho trecho.

ELOÍSO: Vamos a hacer un trato, yo te doy el hijo que quieres y tú juegas conmigo. No pierdes más que un par de horas a la semana.

GRACIELA: *(Después de pensar unos segundos.)* ¡Bueno, todo sea por el amor maternal!

ELOÍSO: *(Contento.)* ¡Se me ocurrió algo nuevo!

GRACIELA: ¿Qué?

ELOÍSO: Como siempre, tú eres mi madre y claro, yo soy tu hijito adorado. *(La toma de la mano y la lleva a la mesa.)* Estamos comiendo. *(Se sientan.)* Preparaste algo delicioso para mí. *(Duda.)* ¿Qué se te ocurre?

GRACIELA: Nopalitos con huevo.

ELOÍSO: *(Abstraído.)* Sí, nopalitos con huevo, eso es, suena muy erótico.

GRACIELA: Síguete.

ELOÍSO: Entonces, justo cuando tú me entregas tu amor de madre a través de los sagrados alimentos, llega tu marido, que por lógica es mi padre. *(Toma un gran payaso de trapo y lo sientan a la mesa.)* Llega malhumorado, gritando, insultándote y te exige que le des de comer y se queja porque me atiendes mejor que a él. Tú te enfureces, porque yo soy el único hombre de tu vida. De pronto, él siente unos celos inmensos de mí e intenta golpearme. Y tú eres una loba, una hiena, una asesina, ¡nadie puede tocar a tu pedacito de ovario, a tu tumorcito uterino! Y lo atacas a cuchilladas. *(Ella tiene un cuchillo imaginario en las manos y con él ataca al payaso.)*

Lo hace con alegría.)

ELOÍSO: Así mamá, sigue, acaba con él, que no se meta entre tú y yo.

GRACIELA: Soy capaz de todo por ti hijo mío.

ELOÍSO: Arráncale las orejas. Demuéstrale a quién quieres más que a nadie.

GRACIELA: *(Al payaso.)* Esto es para que entiendas quién es el rey de la casa.

Deja de acuchillarlo. Ambos guardan silencio.

GRACIELA: *(Al payaso.)* Oye querido, disculpa que te moleste pero, necesito que me des para comprarle zapatos al niño.

Ambos ríen.

GRACIELA: Así me voy a divertir cuando nazca mi hijo.

ELOÍSO: Nuestro hijo.

GRACIELA: Mi hijo.

ELOÍSO: Como quieras, de todos modos no te vas a divertir así.

GRACIELA: ¿Por qué?

ELOÍSO: No quiero que tengas un hijo.

GRACIELA: ¿En qué quedamos Eloíso?

ELOÍSO: El trato no incluye que lo deba desear.

GRACIELA: ¡Mejor, así va a ser sólo para mí!

OSCURO

La misma sala. La tía ausculto a Graciela, le revisa el vientre, trata de escuchar algo, y hace mover un hilo rojo con un anillo en la punta a manera de péndulo.

GRACIELA: A veces me siento confundida, y ya no sé si quiero estar embarazada, tener un hijo o simplemente educarlo.

JOSEFITA: Es lo mismo.

GRACIELA: No, no es lo mismo.

JOSEFITA: Tú qué sabes, nunca has sido madre.

GRACIELA: Pero me lo imagino.

JOSEFITA: Si por imaginar se consiguieran las cosas, yo sería la dirigente de una secta religiosa, pero de éstas con ritos eróticos y bailes. Lo que sí es cierto es que lo que sabes lo aprendiste de oídas.

GRACIELA: Tía, usted no puede negar que toda mi vida ha estado dirigida hacia el objetivo de la maternidad... Pero siempre con miedo... Primero de compartir a mi hijo, de que un hombre se sintiera dueño de nuestras vidas... Después de no estar lo suficientemente preparada para educarlo y darle lo mejor... Y ahora tengo miedo de no estar segura de lo que quiero... Trato de verme con un hijo recién nacido en brazos y no puedo conseguirlo... (*Harta.*) ¡Soy un verdadero nudo de contradicciones! Ni yo misma me entiendo... ¿Qué pasó tía, ya?

JOSEFITA: No sé, y para de hablar un rato que nomás te oigo gorgoritos en la panza.

Le ausculto el vientre, frota yerbas, trapos y estampitas de santos. Se detiene pensativa.

JOSEFITA: Me acuerdo que una vez anduve como tú: con la idea loca de querer tener un hijo, nada más que yo pretendía con eso amarrar a un hombre. Pero como sucedió que por más que traté, no quedé embarazada, me dije a mí misma: Josefita hazte un preparado de ajo macho, damiana y raíz machacada de jojolobuche tierno y... listo. A los siete días ya me estaba creciendo la panza, claro sin nada adentro, nomás era la pura simulación, (*entusiasmándose*) y creció y creció y pasaron dos meses y tres y luego seis y el hombre amado seguía junto a mí y llegaron los nueve (*con cara de angustia*) y diez y doce, y año y medio, y dos. ¡A los tres años ya no pude seguir sosteniendo mi mentira! Se dio cuenta de que el embarazo era falso y se fue.

GRACIELA: ¡Ay tía, no me vaya a hacer eso a mí!

JOSEFITA: Claro que no.

Continúa palpándola.

GRACIELA: Déjeme tratar con la prueba de embarazo.

JOSEFITA: Yo no le tengo confianza a esas cosas. ¿Cómo pueden saber unos aparatos si estás embarazada?

GRACIELA: A lo mejor no funcionan pero son más rápidos que usted.

JOSEFITA: (*Reprochando.*) Anda, mala sobrina, cambia a tu tía por esa cochina. A ver si los tubitos te alcahuetean como yo.

GRACIELA: No se ponga así tía nada más deme un minuto.

Josefita la deja ir a la mesa, se queda haciendo pucheros.

JOSEFITA: Ándale pues, pero no hay nada como lo natural, lo que es de una. . . Y no te andes creyendo que soy una improvisada, sí tengo mis estudios, estuve en muchos congresos en Oaxaca y Chiapas, María Sabina y yo éramos amiguísimas, estudié hongos, raíces y frutos. Es más, en Sonora fui a un seminario sobre "El peyote y sus repercusiones socioeconómicas, políticas y culturales sobre la zona norte del altiplano de México." (*Graciela prepara todo para su prueba de embarazo.*) Lo que yo te digo funciona si lo haces al pie de la letra. ¿Acomodaste la cama como te dije?

GRACIELA: Sí.

JOSEFITA: Porque si te equivocas y no la pones con los pies para el norte te sale niña.

GRACIELA: No voy a cometer un error tan garrafal.

JOSEFITA: ¿Y espolvoreaste las sábanas con la tierra serenada?

GRACIELA: Hice todo como usted me dijo.

Graciela ha puesto todo lo necesario en la prueba de embarazo, ahora espera el resultado, observa el tubo ansiosa.

JOSEFITA: ¿Y ora, qué esperas?

GRACIELA: Que cambie de color, si se pone rojo es que sí. Y si resulta positivo no sé qué voy a hacer. . . De aquí a que crezca van a pasar muchos años.

JOSEFITA: Y desveladas y enfermedades y pañales sucios.

GRACIELA: Nada me importa si consigo un hombre hecho a mi medida. Que piense como a mí me gusta, que me acompañe. Que no tenga yo que buscar agradarle sino que sea él quien necesite agradarme a mí.

JOSEFITA: Deja esa tontería que no funciona y ven acá.

Graciela acerca los ojos al tubo y observa atenta.

GRACIELA: Está poniéndose. . . ¡Ya, ya tía, por fin, ya!

JOSEFITA: Pero fue gracias a mí, tienes que reconocerlo.

GRACIELA: Lo que usted diga.

Graciela corre apresurada al teléfono y marca.

GRACIELA: (*Al teléfono, emocionada.*) ¡Señorita pásame al licenciado! ¡Es ur-

gente! ¡Usted pásemelo! ¡Cómo que de parte de quién! Pues habla su... su... su madre!

OSCURO

La tía está tejiendo sentada en un sillón de la sala. De momento en momento pone atención a lo que hace Graciela. Graciela camina de un lado a otro.

GRACIELA: (*Ensayando.*) Mira Eloíso, ya no quiero volver a verte, eres un ser inmundo, asqueroso y despreciable, además eres infantil y... (*para sí misma*) no, eso no Graciela, si tú no lo crees no puedes hacérselo creer, lo que necesitas es estar bien convencida, puedes tratar por el lado de la psicología (*engolando la voz*), Eloíso, no puedo seguir junto a ti, estoy segura de que tienes serios trastornos neuropsicológicos, tu conducta es anormal en todos los sentidos, tienes que buscar ayuda de un profesional, de lo contrario puedes llegar a ser un verdadero problema para la sociedad... ¡Tampoco! Ya sé, voy a emplear el método del chantaje (*en melodrama*) Eloíso haz el favor de dejarme en paz, olvida que hubo algo entre tú y yo, déjame, jamás volveré a molestarte, este ser que llevo en las entrañas no sabrá de ti, le diré que has muerto, tu imagen y tu recuerdo pasará a ser una simple sombra en mi vida. (*Se detiene y hace un gesto de desagrado. Se enfurece.*) ¡Me estorbas, no quiero compartir a mi hijo con nadie, no quiero que tenga un padre como el que yo tuve! (*Se relaja y se sienta en un sillón de la sala.*)

JOSEFITA: ¿Qué pero le pones a tu padre que en paz descanse?

GRACIELA: Que en paz descanse, descansó y descansará. Jamás hizo nada.

JOSEFITA: ¡Cómo no!

GRACIELA: Yo lo recuerdo durmiendo siempre.

JOSEFITA: Porque era velador, mensa, tú lo veías durmiendo de día, es lógico.

GRACIELA: Era un tipo de lo más común y corriente. Pero la culpable fue mi madre por fijarse en él. Debió escoger a alguien interesante. Yo hubiera deseado ser producto de una violación masiva. Imagínese, cincuenta hombres, de todas las razas, y yo sería algo así como la síntesis de la energía y la fuerza de todos ellos.

JOSEFITA: (*Con desagrado.*) Guácala, eso sería como un licuado.

GRACIELA: No sé qué hacer, en el fondo me duele hacerle esto a Eloíso. Pero tampoco voy a tolerar que se meta entre mi hijo y yo.

JOSEFITA: Estás jugando con fuego y te vas a quemar. Ese hombre no se va a dejar tan fácilmente. (*Poniéndose de pie.*) Y yo mejor me voy a comprar unos estambres que me hacen falta porque no quiero oír discusiones, ni meterme en sus asuntos.

GRACIELA: Pretextos, puros pretextos.

JOSEFITA: (*Toma su bolso y un chal.*) Nos vemos al rato Gracielita.

Sale. Graciela se queda pensativa. Suena el timbre de la puerta, Graciela va a abrir, entra Eloíso con gesto muy serio.

GRACIELA: (*Sin saber qué actitud tomar.*) Te tardaste.

ELOÍSO: Un poco. Había mucho tráfico.

Pausa.

GRACIELA: Pensé que te iba a dar gusto.

ELOÍSO: Por qué había de darme gusto.

GRACIELA: ¿Qué tonta, verdad? No tiene por qué agradarte. La que lo quería era yo, tú... a ti... bueno, te es indiferente.

ELOÍSO: No me es indiferente. Me molesta, no quiero que nazca. La mitad de eso que llevas dentro es mía y quiero que me la devuelvas.

GRACIELA: No, fíjate que no, yo no te quité nada. Te quita tu mujer, que te explota, tu madre que te chantajea y hasta tu secretaria. Pero yo no. (*Pausa.*) Ahora resulta que me vas a venir a cobrar un pinche espermatozoide, una cosita así, con cola, que se mueve como loca y que es más, ni se puede ver. Otra cosa, ¿cómo compruebas que era tuyo? ¿Le pusiste tu nombre o qué? ¡Tacaño!

ELOÍSO: Entiéndeme Graciela, yo te quiero a ti, me haces falta, te has convertido en una necesidad, pero no deseo verte gorda y deforme y... (*explotando*) ¡No quiero que nadie venga a quitarme mi lugar!

GRACIELA: ¿Cuál lugar?

ELOÍSO: Sabes de lo que te estoy hablando. Me entiendes.

GRACIELA: Sé de lo que estás hablando, pero no te entiendo. Y mejor vamos poniendo las cosas en claro. Hicimos un trato, yo cumplí, y durante más tiempo del que esperaba hacerlo, tú te tardaste, pero cumpliste, así que creo que todo está bien y que tú debes regresar a tu casita con tu mujer y yo debo dedicarme a lo mío.

ELOÍSO: No me voy, no me vas a sacar de aquí. Puedes hacer lo que quieras, pero no me vas a ver dar un paso fuera de esta casa. (*Va y se acuesta cómodamente en el sillón más grande de la sala.*)

GRACIELA: (*Sin creerle.*) ¿A poco vas a dejar a un lado toda tu vida de éxito social por un simple rato de sexo?

ELOÍSO: No es un rato de sexo, es mi vida, mi imaginación, mis fantasías. Eso no lo encuentro afuera, no lo obtengo con el carro del año ni con el departamento nuevo. Mis sueños los cumples tú.

GRACIELA: Pues ya ves que no. Y por mí puedes quedarte hasta que te calmes y pienses bien las cosas. Ya después te vas.

ELOÍSO: Me voy a quedar para siempre, vamos a seguir siendo madre e hijo.

GRACIELA: El niño es mío, y quiero educarlo yo sola. No deseo que sepa que tuvo un padre como tú.

ELOÍSO: Me necesitas y más si nace varón, los niños necesitan imagen paterna, y si no la tienen corren el peligro de volverse raros.

GRACIELA: ¿Raros?

ELOÍSO: Sí, homosexuales.

GRACIELA: Mejor, así no va a andar buscando otra mujer que no sea yo.

ELOÍSO: No va a buscar mujer pero sí hombre.

GRACIELA: Pues les pongo casa a los dos para que vivan conmigo. Y ya, asunto arreglado.

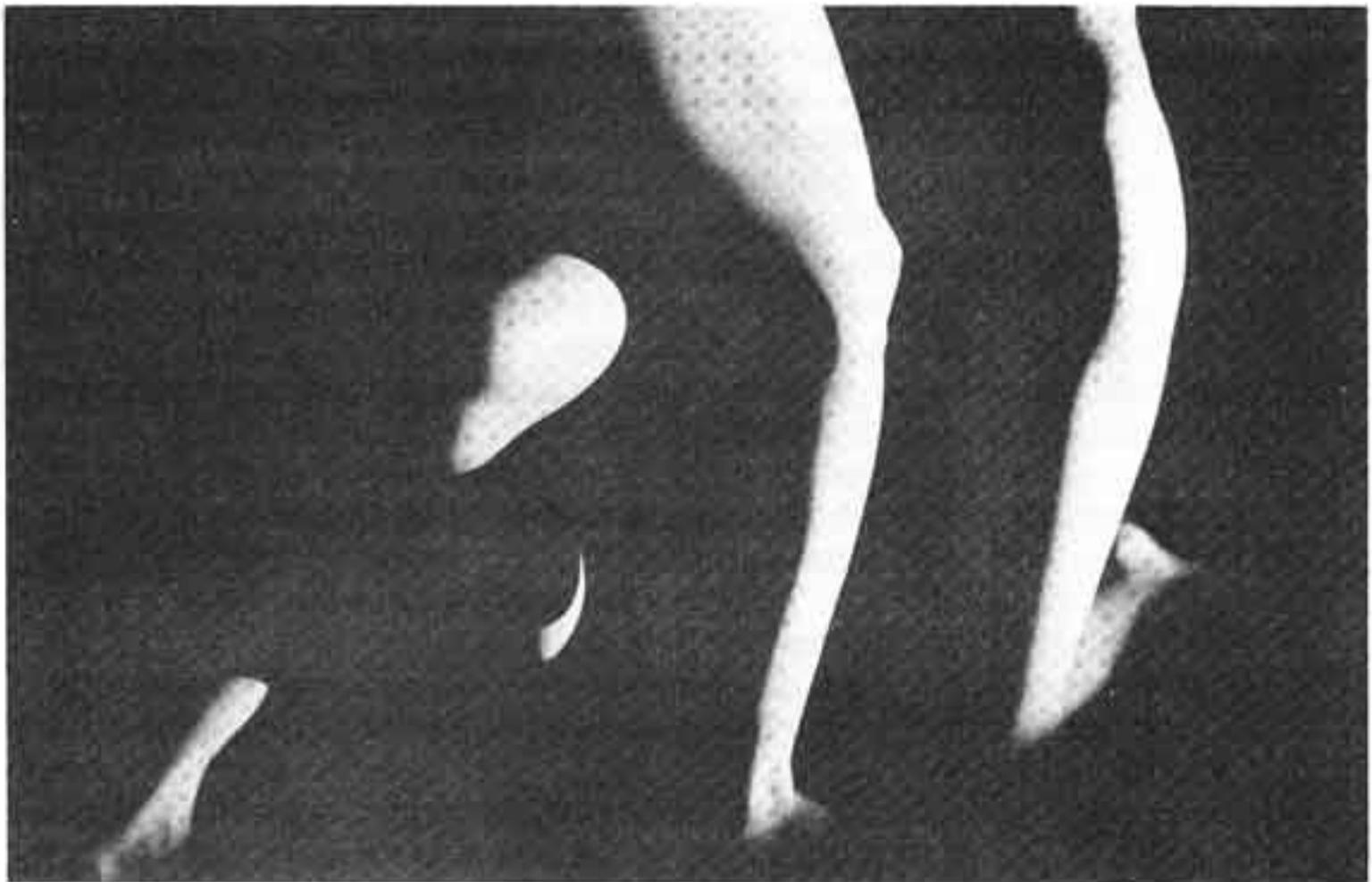
ELOÍSO: Está bien, tú ganas, que nazca, pero yo me quedo a vivir contigo. No te voy a perder y menos por culpa de ese horrendo feto.

GRACIELA: (*Burlándose.*) Sí, sí, lo que tú quieras. Pero recuerda que ya no eres mi hijito consentido. Los juegos se acabaron.

ELOÍSO: (*Suplicante.*) ¡Graciela, Graciela! (*en voz muy baja, lastimero*) Mamá, mamacita.

Graciela ya ha entrado al interior del departamento. Eloíso queda solo en la sala.

OSCURO



Josefita y Graciela se encuentran en la sala, ambas tejen, Graciela lo hace con dificultad, de pronto se harta de tejer y arroja los estambres al suelo.

GRACIELA: ¡Qué espanto! ¡Qué manera tan inútil de ser madre! ¿No puedo hacer algo mejor por mi hijo?

JOSEFITA: Cuando nazca va a ser un niño como todos y va a necesitar chambritas y zapatos.

GRACIELA: ¡No va a ser un niño como todos!

JOSEFITA: ¿Ah, no?

GRACIELA: Va a ser perfecto.

JOSEFITA: *(Incisiva.)* ¿Y si te sale defectuoso?

GRACIELA: *(Después de pensarlo brevemente.)* Pues va a ser imperfecto, ¡pero con ganas! nada de medias tintas. O un dios, o un demonio. Un genio, artista y creador; o un verdadero imbécil, de esos que babea y todo.

JOSEFITA: Te va a salir un chamaquito común y corriente, ya verás.

GRACIELA: ¡Lo mato! ¡Le juro que lo mato! *(Hablándole a su vientre.)* Tú vienes a satisfacerme, a llenarme de gozos. ¿Entendiste?

JOSEFITA: Cálmate, si no, no vas a llegar a los meses que todavía te faltan.

GRACIELA: Si sale un mediocre, lo diseco, lo visto de payaso y se lo regalo a Eloíso el día de su cumpleaños.

JOSEFITA: *(Suspirando.)* Ay, no hay amor más noble y desinteresado que el amor maternal. . . Cuando lo tengas en tus brazos te vas a sentir grande e importante, ya verás.

Por el pasillo aparece Eloíso. Viene despeinado y viste la misma ropa que en la escena anterior, pero arrugada y sucia.

ELOÍSO: *(Suplicando.)* Josefita: hágala entrar en razón. Que se dé cuenta de que no va a encontrar otro hijo como yo.

GRACIELA: Eloíso, sé un chico obediente y regresa a tu cuarto. Y nada de ver televisión. Obedece a mamita.

ELOÍSO: Eres mi madre cuando te conviene. Pero no quieres jugar conmigo.

JOSEFITA: Hija, dale una oportunidad. Se la merece. Hace todo lo que le pides. Es muy bueno.

ELOÍSO: ¡Eso que llevas en la panza no te va a hacer feliz nunca! ¡Ya lo verás!

GRACIELA: ¿Por qué? ¿Porque tú lo dices?

ELOÍSO: No va a tener mi imaginación, ni mis ganas de complacerte, ni mi cuerpo. Eso es, piensa en que va a ser débil cuando nazca y va a necesitar muchos cuidados. Eso no es divertido.

GRACIELA: Ta vez al principio sea difícil, pero te olvidas de que yo soy quien lo va a educar. Va a ser justo el hombre que necesito.

ELOÍSO: No lo creo, acuérdate de que viene programado. Su destino ya está hecho, no vas a poder cambiarle gran cosa.

GRACIELA: ¿De dónde sacas eso?

ELOÍSO: Todo el mundo lo sabe, ¿verdad Josefita?

JOSEFITA: Algo sé del asunto. Mi mamá decía que al que nace pa' tamal del cielo le caen las hojas. Y ahí está mi caso, por más que me negué a echar la suerte, nada, algo me movía a caer en lo que después se convirtió en mi chamba. Un día, ya desesperada, me metí a trabajar de meretriz en un burdel, y terminé leyéndole la mano a los clientes.

GRACIELA: (*Preocupada.*) Pero a mí no me va a suceder algo así. Mi hijo va a salir tal como lo quiero.

ELOÍSO: Lo reto. (*Acercándose al vientre de ella, canta.*) ¡Te reto, te reto, te reto horrososo feto, te reto...!

GRACIELA: ¡Ya! Mi hijo no compite con imbéciles.

ELOÍSO: Josefita, utilice sus dotes adivinatorias y dígame qué clase de ser lleva en la panza.

GRACIELA: No le haga caso tía.

ELOÍSO: Hágame caso tía, no voy a perder a mi madre. Es mi última oportunidad. Hijo contra hijo.

JOSEFITA: No es mala idea, pero...

ELOÍSO: (*A Graciela.*) Si resulta ser como lo deseabas me voy. Te lo aseguro. Te dejo en paz con él.

GRACIELA: No te creo. Y si quieres seguir siendo mi hijo, aunque no el consentido, vete a tu cuarto.

JOSEFITA: Eso de echarle la suerte al chamaquito se me hace interesante. ¿Qué dices Gracielita?

GRACIELA: ¡No invente tía! Cómo le hace caso a este retrasado mental.

ELOÍSO: Tienes miedo. En el fondo sabes que tengo razón. Esa cosa que llevas dentro no te va a satisfacer.

GRACIELA: Está bien tía, traiga sus cartas. (*Josefita sale. A Eloíso.*) Después de comprobar que es el hijo que quiero, te largas.

ELOÍSO: Y si no, juegas conmigo.

GRACIELA: ¿Por qué no juegas contigo mismo? ¿Ya probaste masturbarte frente a un espejo?

Sale Josefita llevando un paquete de barajas en la mano.

JOSEFITA: Éstas me las bendijo el mismísimo Papa ahora que vino por segunda vez a México. Son bien milagrosas. (*Se acomoda frente a la mesa de centro.*) Pero vengan acérquense, sobre todo el interesado. (*Mueve las cartas con gran facilidad. Al terminar se dirige al vientre de Graciela.*) ¡Córtala! (*Frota las barajas sobre el vientre de Graciela y comienza a acomodarlas sobre la mesa en forma de cruz.*)

GRACIELA: Eso no funciona tía.

JOSEFITA: ¿Dudas de mí?

GRACIELA: No pero...

JOSEFITA: Pero nada. Sólo eso me faltaba.

ELOÍSO: Yo sí le creo. Siga.

JOSEFITA: Bueno, empecemos por la salud. Este niño va a ser muy fuerte, sí, y muy sano también.

GRACIELA: (*Triunfante a Eloíso.*) ¿Lo ves?

JOSEFITA: (*Con seguridad.*) Sí, será futbolista.

GRACIELA: ¡No! Será un superhombre.

JOSEFITA: Las cartas no mienten.

ELOÍSO: Tienes un hijo que va a jugar fútbol llanero, y después del partido se va a tirar en el suelo a tomar cerveza. ¡Felicidades!

JOSEFITA: (*Como haciendo un gran descubrimiento.*) ¡En cuestión de amores va a ser afortunado! Veo solo una mujer en su vida.

GRACIELA: ¡Ésa soy yo!

JOSEFITA: (*Echando sucesivas cartas.*) No. Tú no naciste en un puerto. Ni eres negra. Ni trabajas en algo relacionado con marineros.

ELOÍSO: Voy ganando. Prepárate para jugar.

GRACIELA: ¿Dónde estoy yo? ¿A poco no aparezco en estas cartas?

JOSEFITA: (*Echando cartas.*) Déjame ver, no te desesperes. Sí, aquí estás. Tú eres la mujer de cabellos blancos.

GRACIELA: No es posible.

JOSEFITA: Que se suicida arrojándose a la estación del metro Pantitlán un viernes de quincena a las ocho de la noche, dejando sin transporte al 50% de la población de Ciudad Nezahualcóyotl.

Eloíso y Josefita estallan en carcajadas. Graciela grita angustiada.

JOSEFITA: (*Entre carcajadas.*) ¡Pantitlán, Pantitlán!

OSCURO RÁPIDO

En la escena se encuentran Eloíso y Graciela. Ella lo acaricia de mala gana.

ELOÍSO: Madre, quiero volver a ti, a tu pancita, y no sé cómo hacerlo.

GRACIELA: (*Harta.*) Es facilísimo.

ELOÍSO: ¿Cómo? Tendría que echar al tiempo hacia atrás y volver a ser bebé.

GRACIELA: ¡Ay hijo! Me decepcionas. ¡Qué poca imaginación tienes! Mejor cállate y te sigo acariciando. (*Él se acurruca junto a ella.*) A veces me dan ganas de abrirte los ojos. (*Murmurando.*) Más bien de sacártelos. (*Recupera el tono.*) Pero me da miedo. Eres tan pequeño y tonto.

ELOÍSO: Pláticame de cuando tú y yo éramos uno solo. Esa hermosa época en que me llevabas contigo a todas partes.

GRACIELA: Fue hermoso. Tú eras chiquitito.

ELOÍSO: ¿Como de qué tamaño?

GRACIELA: (*Dudando.*) Como...como un gargajo. Apenas una especie de tumor maligno incrustado en mi útero.

ELOÍSO: (*Tocándole el vientre.*) ¿Aquí vivía?

GRACIELA: ¡Claro! Estabas en armonía con la naturaleza. Sobre un hilito entre la vida y la muerte.

ELOÍSO: ¿Y por qué me sacaste?

GRACIELA: Porque empezaste a crecer y crecer y crecer de una forma horrenda. Y te transformaste en un monstruo, un parásito que me robaba el alimento y me reventaba los intestinos.

ELOÍSO: ¿Todo eso te hice? ¿Y aún así me quieres?

GRACIELA: Eso no fue nada. A la hora de nacer me partiste en dos. (*Gritando.*) ¡Toda la vida te has portado como un verdadero patán! (*Amorosa.*) Pero te amo, te amaré siempre porque eres un pedacito de mí.

ELOÍSO: Te has sacrificado tanto. ¿Cómo te lo puedo pagar?

GRACIELA: Todo te lo di sin esperar algo a cambio. . . ¡Pero ya que insistes, me puedes pagar con tu vida!

ELOÍSO: ¡Eres maravillosa! Y yo soy un asco. No merezco nada. No sirvo para nada. Lo único que deseo es volver a ti.

GRACIELA: Ya no se puede, eres prácticamente un abortado.

ELOÍSO: (*Desesperado.*) Soy un aborto, un ser a medias, un expulsado del paraíso.

GRACIELA: (*Consolándolo.*) Ya, ya hijito. No es para tanto. Eres despreciable y asqueroso pero el amor de madre es tan grande que no se fija en esas pequeñeces.

ELOÍSO: Gracias mami. Creo que pese a todo, me dejarías nacer una y otra vez y otra.

GRACIELA: ¡Pero por supuesto! Fue una experiencia única. (*Le ofrece el cordón del vestido que lleva puesto.*) Ven, pasa por mi cuerpo. Sal de la oscuridad.

Eloíso pasa a través de las piernas de Graciela sosteniendo el cordón con una mano. Ella se las arregla para que se le enrede en el cuello.

ELOÍSO: ¡Me atoré!

GRACIELA: Pues jala.

ELOÍSO: No puedo, me estoy asfixiando.

GRACIELA: Es una prueba, si la pasas mereces vivir.

ELOÍSO: ¿Qué hago?

GRACIELA: Jala. Jala más fuerte. Rompe el cordón. No te dejes.

ELOÍSO: Me falta el aire. No puedo respirar.

GRACIELA: Esfuérzate. La vida es hermosa.

ELOÍSO: Mejor me regreso.

GRACIELA: No seas cobarde.

ELOÍSO: (*Desfalleciente.*) Ya no puedo.

GRACIELA: ¡Está bien! Te voy a ayudar.

Graciela toma el cordón con las dos manos y comienza a aborcar a Eloíso. Él se deja. Cuando parece que va a morir lo suelta.

GRACIELA: *(Sonriente.)* ¿Te gustó?

ELOÍSO: Sí, mucho.

GRACIELA: *(Fastidiada.)* Ya me cansé, vamos a parar un rato.

ELOÍSO: Sígueme, quiero más.

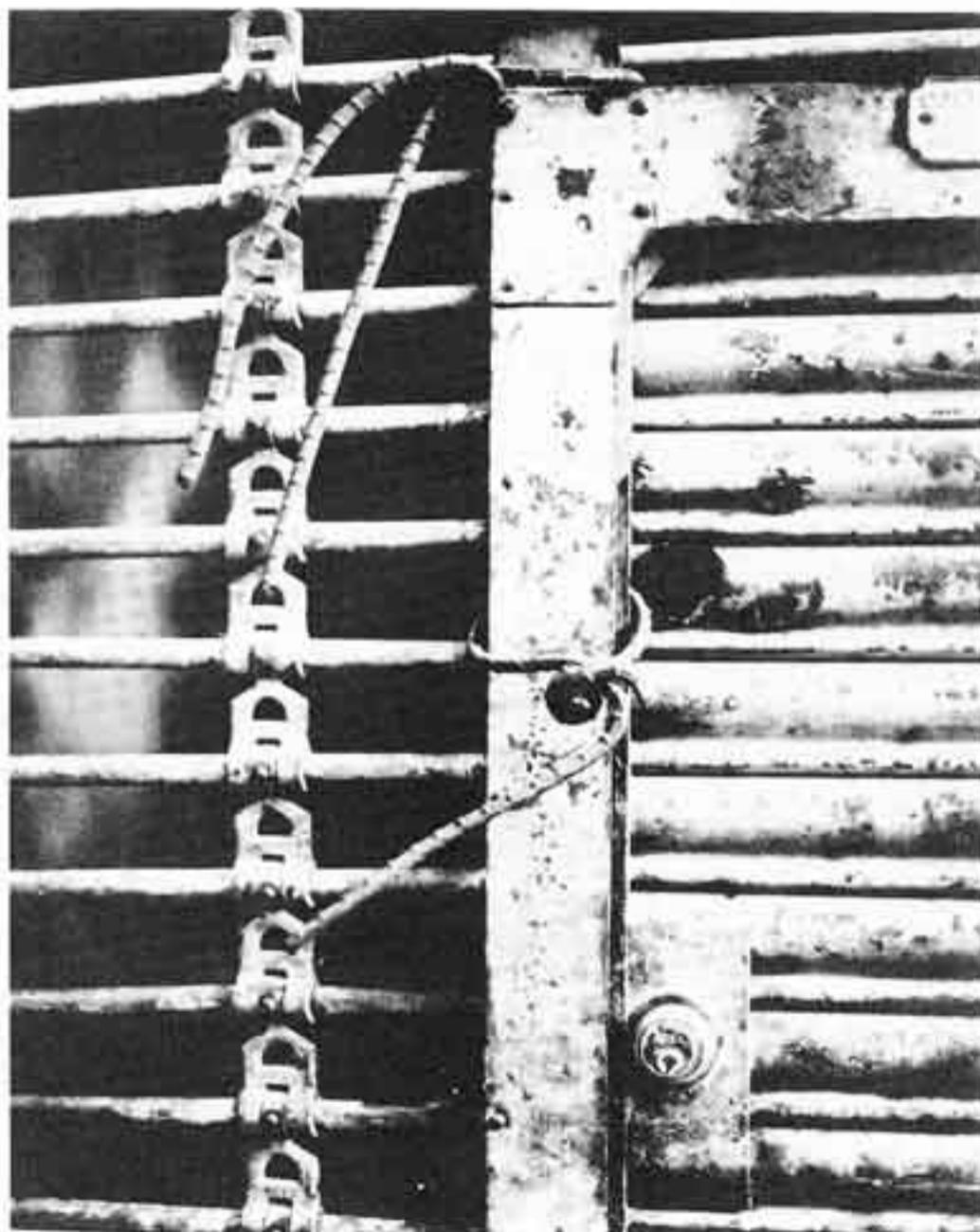
Graciela con un gesto de gran cansancio se deja caer sobre el sillón.

OSCURO

Fotografía

Mención

Enrique Portillo Venegas



Es de noche, Eloíso, Graciela y Josefita cenan. Josefita bosteza de vez en cuando.

JOSEFITA: ¡Qué barbaridad! Estoy tan cansada. Fue muy mala la idea de llevar a Gracielita a correr para que se le bajara el chamaco. Ha de estar agarrado hasta con las uñas.

GRACIELA: Es la prueba de que es fuerte.

ELOÍSO: Te dije que probáramos con agua salada. Te la aplican con un aparato y en un par de horas, listo, ya echaste todo.

GRACIELA: Nombre, qué asco, ¿cómo agua salada? Cuando salga va a parecer charal seco, o chamoy.

JOSEFITA: Tómame el tecito de epazote, mandrágora, iztafiate, sacaniño y yerba de Herodes, es bien milagroso.

GRACIELA: ¡Bueno ya! Déjenme en paz. Yo soy la que lo carga, no ustedes.

JOSEFITA: Ya me voy a acostar. Tengo los pies hinchados de tanta carrera. Hasta mañana.

Sale Josefita.

ELOÍSO: ¿En qué quedamos?

GRACIELA: ¿En qué quedamos de qué?

ELOÍSO: Ningún método te gusta. No sé por qué tantas consideraciones con el monstruito ese.

GRACIELA: Si se quiere salir que se salga. Yo no lo voy a obligar.

ELOÍSO: ¡Graciela!

GRACIELA: ¡Eloíso! Juego contigo todo lo que quieres, deberías estar contento.

ELOÍSO: No te quiero compartir. Sácalo ya.

GRACIELA: ¿Cómo?

ELOÍSO: Yo conozco a una enfermera que los raspa, los arranca con una como cucharita.

GRACIELA: ¿Raspado?

ELOÍSO: Sí, sale por pedacitos.

GRACIELA: Sí, claro, y yo voy a pensar que en lugar de niño estaba criando un paquete de carne molida. Podría quedar con mi ego totalmente pisoteado.

ELOÍSO: También te lo pueden sacar con una especie de aspirador, y así no lo ves.

GRACIELA: Me hartas Eloíso. Déjame en paz unos minutos.

Hay un silencio tenso.

ELOÍSO: Vamos a jugar.

GRACIELA: No quiero.

ELOÍSO: Quiero jugar al aborto.

GRACIELA: ¿Sigues con lo mismo?

ELOÍSO: No, esta vez es para divertirnos.

Graciela se queda pensativa y sonrío maliciosamente.

GRACIELA: Está bien. Pero, ¿cómo te voy a sacar?

ELOÍSO: Me puedes jalar con una venda.

GRACIELA: No me parece muy original. Quiero algo escandaloso. Terrible. Que se note que en verdad te odiaba.

ELOÍSO: ¿Qué te parece si ruedas por unas escaleras?

GRACIELA: Y me mato, ¿no?

ELOÍSO: Bueno, ya sé, con unas agujas de tejer.

GRACIELA: (*Interesada.*) A ver explícame.

ELOÍSO: Es sencillísimo. Solamente te las metes y me picas todo el cuerpo. Me destrozas. Y lógicamente yo tengo que salir. Claro, entre líquidos corporales y borbotones de sangre.

GRACIELA: ¿Y te va a doler mucho?

ELOÍSO: Sí.

GRACIELA: Está bien, ven a mí. Acomódate.

Eloíso se acerca a Graciela que se encuentra sentada y se acomoda echo "bolita" entre sus piernas. Graciela toma las agujas del canasto de tejer de la tía.

GRACIELA: ¿Estás listo?

ELOÍSO: Sí.

GRACIELA: Ya voy. (*Va a clavar las agujas y él la detiene.*)

ELOÍSO: No, así no, primero tienes que decirme por qué me haces esto. No seas simple por favor.

GRACIELA: (*Picándolo con una aguja.*) Muérete porque eres inmoral.

Eloíso siente dolor.

ELOÍSO: ¿Por qué inmoral?

GRACIELA: Eres como todos los hombres, en el fondo desean a su madre. (*Lo pica.*)

ELOÍSO: Es normal, vengo de ti y a ti quiero volver.

GRACIELA: Pretextos, la verdad es que eres un cochino. (*Lo pica.*) Además eres posesivo, machista, borracho, pendenciero y jugador. (*Lo pica.*)

ELOÍSO: ¿Cómo puedo serlo si todavía no nazco?

GRACIELA: Lo eres en potencia. Lo serás. (*Lo pica repetidas veces.*)

Eloíso se contrae.

ELOÍSO: Ya no, ya no, para.

GRACIELA: ¿Cómo que ya no? Ahora acabo.

Le clava las agujas con furia. Eloíso se deja caer en el piso, sus quejas se convierten poco a poco en risas. Se pone de pie, se quita las agujas, las entrega a Graciela y la abraza. Ella sonríe poco a poco.

GRACIELA: Eres adorable, cada vez disfruto más tus juegos. *(Le clava una aguja en el pecho.)*

Eloíso abre los ojos horrorizado. Se miran fijamente. Se tocan, se acarician con gran ternura.

ELOÍSO: ¿Me quieres?

GRACIELA: *(Viéndolo con amor.)* Mucho. A pesar de mí misma.

ELOÍSO: *(Tocándole el vientre.)* Pues ahora ya tienes dos amores.

GRACIELA: ¡Ay, yo no voy a poder con dos amores!

ELOÍSO: *(Muy cursí.)* Pero me quieres, ¿verdad?

GRACIELA: Muchísimo, a pesar de mí misma.

ELOÍSO: Pues ahora ya tienes dos amores.

GRACIELA: ¡Ay, yo no voy a poder con dos amores!

ELOÍSO: ¿En verdad me quieres?

GRACIELA: ¡Ya te dije que sí!

ELOÍSO: Pues ahora ya tienes dos amores.

GRACIELA: *(En el colmo de la cursilería.)* ¡Ay, yo no voy a poder con dos amores!

Le saca la aguja y se clava ambas repetidas veces en el vientre. Caee al suelo. Él la mira asombrado y contento. Se sienta junto a ella, la abraza, ríen.

Sale Josefita llevando en una mano una carta que exhibe y en la otra el paquete de barajas. Ellos continúan riendo ajenos a lo que ella dice.

JOSEFITA: Miren muchachos, miren, ¡corazones! En esta casa habrá mucho amor. *(Llega a la mesa de centro y echa las cartas.)* Y después ¡picas! Eso es arma blanca, pero después, otra vez mucho amor, *(arroja una carta más)* alguien que parece ahogado *(arroja otra carta)* pero después habrá más amor que nunca, *(otra carta)*. ¿Qué es esto? Uno como ahorcado, pero con mucho amor. Sangre, y después amor, magulladuras y amor, caídas y amor, un intoxicado y harto, ¡harto amor!

Ellos continúan riendo felices.

OSCURO SOBRE LAS ÚLTIMAS FRASES DE JOSEFITA